

**Crónicas y reflexiones del caso Venezuela:
Resolución de conflictos, Diplomacia Ciudadana y Cambio
Democrático. Cortocircuito de teorías y prácticas.**

por Gachi Tapia

Contexto

Durante los meses de Febrero y Marzo de 2003 realicé dos viajes a Venezuela para trabajar en el abordaje del conflicto político institucional de ese país. El primero se enmarcó en un programa impulsado por Francisco Diez desde el Centro Carter, institución que junto con la OEA y el PNUD formó la Comisión Tripartita que actuó en el rol de “mediador” en las negociaciones entre el Gobierno del Presidente Chávez y la oposición.

El segundo viaje se enmarcó en una convocatoria que me efectuaron los dueños de medios televisivos, quienes cumplen un rol clave como actores de la oposición.

Mi visita y mi trabajo se dieron en el momento en que se habían estancado las negociaciones oficiales entre Gobierno y oposición luego del paro nacional que había durado más de dos meses.

Este artículo contiene por un lado, la crónica de algunos hechos relativos al trabajo efectuado durante el viaje. Por otro lado, reflexiones acerca de la *relación entre teorías y práctica*. Las nociones teóricas se vinculan tanto al campo de la resolución de conflictos como al fortalecimiento democrático. La práctica se vincula tanto con las descripciones de diagnósticos e intervenciones como con los posibles diseños de intervención futuros en el contexto del conflicto político de Venezuela.

Lo que me parece interesante sobre nuestras experiencias, es que así como los médicos hacen diagnósticos para prescribir un medicamento que cure la enfermedad, los facilitadores o mediadores solemos hacer diagnósticos para prescribir intervenciones. Y tal como los médicos, podemos equivocarnos tanto en el diagnóstico como en el remedio para curar el problema.

Crónica

Durante el primer viaje, la agenda de trabajo incluía diseñar y participar en un mega-evento con William Ury, identificar algunos sectores y actores para una primera capacitación y dejar diseñado un plan de trabajo que dejara instalada capacidad local para entrenamientos futuros.

Por lo tanto, nuestra tarea se dividió en tres: por un lado acompañar en el diseño del evento con Ury, que se anunció con el título “Cómo fortalecer el Tercer Lado para construir la paz”; por otro lado, diseñar un programa de identificación de actores clave, desde distintos niveles del conglomerado social, para convocarlos a asistir a talleres de

capacitación en resolución de conflictos; por último, diseñar un programa para el futuro, imaginando otras posibles intervenciones.

El trabajo era muy interesante. El evento con William Ury estaba destinado a generar sensibilización en la población acerca de la escalada de la crisis y sus riesgos de transformarse en un escenario de violencia. El objetivo era generar conciencia en una población dividida por el odio, con una polarización que abarcaba prácticamente todas las actividades y redes sociales. Pero no teníamos claro cuál sería el producto concreto de la actividad.

El evento consistió por un lado, en una conferencia de Ury acerca del rol del concepto que ha desarrollado en su último libro, que denomina *El Tercer Lado*. Es un concepto interesante que involucra muchos roles y no tiene que ver necesariamente con el concepto de neutralidad.

Por otro lado, un trabajo participativo con la gente, difícil de diseñar ya que involucraba unas cuatrocientas personas. Luego de varias ideas, ese trabajo participativo se basó en el desarrollo de algunas de las ideas de John Paul Lederach y su pirámide sobre el análisis de actores y enfoques para la construcción de la paz. Lederach propone un enfoque donde el diseño se concentre en identificar líderes en las cúpulas, las bases y los niveles medios. Su prioridad es trabajar con los niveles medios, aquéllos con capacidad de conectarse y de “saltar” a las cúpulas o a las bases cuando sea necesario.

Vale la pena aclarar que los estudios basados en observaciones de intervenciones que hizo Lederach desde su trabajo en diversos países, fueron hechos, en su gran mayoría, en lugares y sociedades en guerra o en posguerra; raramente ese análisis se efectuó en situaciones de prevención de la violencia como era el caso venezolano.

El evento concluyó con una lista de las posibles personas que pudieran jugar el rol del *Tercer Lado* en cada uno de los tres niveles. El *Tercer Lado* se definió como el lugar donde se situaban quienes no aceptaban que el conflicto continuara escalando y estuvieran dispuestos a generar un espacio y puentes donde chavistas y no chavistas pudieran hablar un idioma común y tratar de comprenderse. Al final del día, Ury entusiasmó a quienes se sintieran llamados a jugar un rol de *Tercer Lado* para construir la paz, para volver a juntarse. Allí mismo conversamos con quienes se propusieron para continuar la iniciativa y facilitamos una discusión para acordar el lugar, la fecha y la hora del próximo encuentro: el domingo siguiente, a las diez horas, en el campo de la Universidad Central de Venezuela, frente al reloj.

Ury se fue de Venezuela, pero nuestro equipo estuvo presente ese día. Unas cincuenta personas se convocaron para el domingo siguiente, y la reunión que facilitamos resultó ser la base fundacional para el movimiento que luego se dio en llamar Constructores de Paz. Ese día, los futuros fundadores de Constructores de Paz se encontraron cara a cara, con mucha expectativa de cambiar el clima de su país sin saber cómo. Facilitamos una reunión improvisadísima. Sin muchos recursos técnicos. Hoy en día, la iniciativa tiene nombre, comisiones de trabajo y va en busca de personería jurídica.

De modo que ese evento inicial con William Ury se convirtió en el momento fundacional para el nacimiento de la red de Constructores de Paz.

Simultáneamente, seguíamos trabajando en el diseño para el futuro. Personalmente, era el que más me atraía. Los marcos teóricos aprendidos en estos últimos años pedían contextos donde chequear sus posibilidades de aplicación.

Los enfoques conocidos como “Transformación de Conflictos” y “Diplomacia Multivías” parecían ser ideales para adaptarse al conflicto venezolano. Durante el año 2000 tuve por primera vez contacto con los referentes de la perspectiva de la Diplomacia Multivías¹ y la perspectiva de la Transformación de Conflictos, temas sobre los cuales estamos trabajando desde algunos de los programas de la Fundación Cambio Democrático.

La Diplomacia Multivías basa sus paradigmas en la convicción de que la paz, para que sea sostenible, no puede estar sólo basada en los acuerdos internacionales de paz o en las negociaciones llevadas adelante por los líderes políticos en la cúpulas. Ellos entienden que esta vía de negociaciones oficiales (Track 1) no alcanzan y deben articularse con otras, como el trabajo de organizaciones que trabajan en resolución de conflictos (Track II), organizaciones comunitarias, empresarios, políticos, ciudadanos y medios de comunicación, etc.. Estos conceptos desarrollados desde el Instituto para la Diplomacia Multivías, liderado por el ex Embajador Mc Donald, al día de hoy ha expandido su concepto a nueve vías (tracks), integrando al mismo el campo de religiosos, activistas, investigadores, entrenadores, educadores y los financiadores. Si bien se suele identificar a la negociación oficial (Track 1) como jerárquicamente en la cumbre de una pirámide, lo que sugiere el modelo de Diplomacia Preventiva, es que todas las vías están articuladas. Ninguna es más importante que las otras ni independiente de las otras. Operan como un sistema.

Un enfoque similar es el desarrollado por la perspectiva de la Transformación de Conflictos, denominada así por oposición a las teorías más funcionalistas sobre Resolución de Conflictos. Este enfoque se basa en comprender la construcción de la paz como un proceso de cambio sistémico, que se mueve desde el sistema del conflicto a sistemas pacíficos. Los conflictos sociales se enraízan de tal modo, que crean patrones que se constituyen en parte misma del sistema. Con el sistema social como unidad de análisis, el término “resolución” se vuelve poco apropiado. Transformar conflictos enraizados es sólo una parte de la resolución de cuestiones del conflicto. El tema central es el

¹ El caso Venezuela podía proveer un marco para aplicar nociones aprendidas durante mi participación (Enero del 2001) en un programa sobre Diplomacia Preventiva y Resolución de Conflictos en el cual compartí experiencias durante un mes con veinticuatro personas provenientes de África, Asia Central, Israel, Palestina, El Líbano, Siria, India y Pakistán, Irlanda y Filipinas. El programa es internacional y promueve teorías que pretenden ser adoptadas por cualquier cultura. Sin embargo, tengo mis dudas. La mayoría de los participantes eran diplomáticos de países no democráticos, y nuestra idiosincrasia latinoamericana está imbuida de una cultura democrática, nueva en términos históricos, y por ende incipiente y muy diferente a la de los países “desarrollados”.

cambio sistémico o la transformación. Los sistemas no pueden resolverse, pueden transformarse.

De modo que nuestra visión de la Resolución de Conflictos necesitaba – desde los nuevos modelos teóricos del campo– transformarse en una visión de enfoque sistémico describiendo al menos tres aspectos: a) qué necesitaba cambiar con respecto al problema –*conflict transformation*–; b) cómo ese cambio sería efectivo –*peacebuilding*–; y 3) con qué actores y en qué contexto ese cambio tendría lugar –*multitrack diplomacy*–.

Se nos había encomendado la tarea de pensar en diseños de intervención para capacitar en el futuro a actores clave, aprovechando los recursos humanos y las capacidades e iniciativas locales. Debíamos dejar un informe con nuestra evaluación. El equipo lo formábamos no solo mis colegas argentinas Ana Cabria Mellace y Carmen Mc Cormack, sino también las colegas venezolanas, Gabrielle Gueron y Mireya Losada, actoras claves en ayudarnos a comprender el contexto. Se nos planteaban muchas preguntas, pero básicamente una era la fundamental ¿sobre qué bases culturales y con qué cosmovisiones hacíamos estos diagnósticos? Y por lo tanto, ¿cuáles eran nuestros preconceptos acerca de lo que estaría bien hacer?

Reflexiones

Esta cuestión de diseñar los planes y las intervenciones me desvela. Muchas veces los diseños pueden responder a evaluaciones de actores con información insuficiente, o a los planes de los donantes internacionales que ponen recursos en el país y de algún modo prefieren alguna agenda por sobre otra. Cuando estudiamos lo que sucede en países en conflicto, esta situación es un clásico. Esfuerzos descoordinados, proyectos y diseños que responden a diferentes modos de pensar o a diferentes intereses, etc.

Hace pocas semanas le he preguntado a Lederach acerca del rol del Diseñador, en el marco de un seminario en el Institute for Conflict Analysis and Resolution de la Universidad de George Mason. Mis preguntas fueron ¿quién debe cumplir este rol?, ¿quiénes son los diseñadores de un plan?, ¿quiénes están legitimados para hacer un trabajo que no se ve, pero que puede ser tan influyente, tan funcional o disfuncional?

Lederach –si bien no precisó quién sería el sujeto– coincidió conmigo en el cuidado que hay que tener en el momento en que “nos ponemos” en este rol, pero no especificó criterios definitorios acerca de quién lo juega o debería jugarlo. Por lo tanto, allí estábamos, diseñando, nosotros como terceros imparciales.

Pero Lederach usó una metáfora muy interesante. La de la “araña”. Mostrando su pirámide dibujó el modo en que una araña piensa su estrategia y elige los puntos clave para empezar a tejer su tela. Nunca me había puesto a pensar en el trabajo de la araña, es de una inteligencia supina. El tejido es perfecto, conecta los puntos clave. Sin embargo, entiendo que la araña piensa su estrategia desde un rol nada

neutral. Más bien, desde una posición estratégica. Ella conoce perfectamente sus necesidades y está trabajando para satisfacerlas. Nosotros, en cambio, éramos diseñadores de la tela de terceros, no conocíamos claramente sus necesidades.

La sensación que teníamos, aunque no era clara en ese momento, se vinculaba a la pregunta “¿quién es la Araña?”. Hacía falta la visión de la araña, que sabe cómo armar su tela porque es quien la va usar, quien sabe pensar estratégicamente dónde comenzar un punto para comenzar a tejer.

Pero la Araña claramente debía ser local, parcial, actora, parte, dueña y señora de su destino.

¿Desde qué lugar nosotros podíamos presentar informes de diseños de intervenciones para el futuro? No parecía lógico ni muy legítimo. Por lo tanto hicimos todo el trabajo de diseño con actores locales que estaban comprometidos con la filosofía de la Resolución del Conflicto y del *Tercer Lado*.

Originalmente se esperaba que el diseño consistiera en un plan de capacitación. Sin embargo, algunas de nosotras entendíamos que hacía falta algo más que capacitación para operar los cambios, que sería muy interesante instalar otros mecanismos como los Diálogos Facilitados y los Foros Deliberativos.

La evaluación de necesidades para concluir si lo ideal es proveer “capacitación” o implementar “foros o procesos de diálogo” se basa, en mi caso particular, en dos cuestiones:

- a) Por un lado, en la idea de que no siempre lo más útil es generar espacios que se perciban como si algunos tuvieran el saber y otros no.
- b) Por otro lado, un diagnóstico que sólo focaliza en abordajes sobre prevención de la violencia y resolución de la violencia puede ser insuficiente.

Me parece que el aspecto referido a las instituciones democráticas y a la construcción de ciudadanía era muy importante a la hora de elaborar diagnósticos y diseños de intervención.

Con respecto al punto a), referido a la capacitación, mi temor es que la gente imagine relaciones asimétricas entre docentes y alumnos, expertos y neófitos. Considero que en cualquier contexto hay dos tipos de conocimiento. El saber de los que conocen en experiencia la vivencia del conflicto y el saber de los que trabajan con técnicas para abordar conflictos en general. Ninguno de esos saberes puede prescindir del otro. Ninguno de ambos es más “importante” que el otro.

Aquí en Argentina, muchos de nosotros recibimos originalmente capacitaciones por parte de expertos norteamericanos que se basaban en la transferencia de conocimientos y recetas y en la traducción de materiales, más que en una participación activa para construir con los participantes.

Luego de haber pasado por estas experiencias, muchos entendemos que más que esos entrenamientos basados en modelos prescriptivos, la

capacitación necesita proveer una interacción simétrica entre los participantes y los facilitadores para ser efectiva.

Este último enfoque es presentado muy claramente por Lederach con el nombre de “Elicitive training” (Lederach, 1996), surgido básicamente de la pedagogía de Pablo Freyre en Latinoamérica. Desde esta perspectiva, el conocimiento del conflicto está en la gente, ellos saben lo que necesitan, ellos tienen que ser puestos en el lugar de la Araña, y nosotros podemos proveer otros conocimientos, como por ejemplo las metodologías para que la Araña pueda organizar su conocimiento desde un pensamiento más estratégico.

¿Resultaba efectivo mirar la realidad para encuadrarla a estas teorías, que básicamente habían sido sistematizadas por profesionales que estudiaban contextos de violencia internacional o intraestatal basadas en cuestiones raciales, étnicas y religiosas? ¿Serían esas teorías sistematizadas en contextos violentos ajustadas a una sociedad con un sistema “democrático” -al menos en su formalidad- enmarcado en una crisis política? ¿Desde dónde hacíamos este diagnóstico?.

Todas estas preguntas no tenían respuestas. No obstante, los diseños se llevaron a cabo y las primeras capacitaciones se pusieron en marcha. Los frutos de nuestro trabajo parecían cumplir con la pauta de la transformación. El grupo de Constructores de Paz creció y comenzó a demandar actividades, nuevos talleres y saberes que se replican día a día.

Poco después del primer viaje fui contactada por dueños de varios medios televisivos, posicionados claramente en la oposición al Gobierno, quienes me solicitaron volver a Caracas a darles un seminario en negociación colaborativa, que los pudiese ayudar a reabrir las conversaciones entre la Oposición y el Gobierno que estaban, en ese momento, estancadas.

Los esfuerzos para que la Mesa entre Gobierno y Oposición se restablecieran siguieron desde la OEA, el PNUD y el Y CENTRO CARTER. Ury volvió varias veces en su rol de constructor de puentes y facilitador. La Mesa no solo reabrió las conversaciones, sino que finalmente produjo la firma de un acuerdo entre Gobierno y Oposición, referido a la salida electoral a través del referéndum que prevé la Constitución.

Al día de hoy, desde el Centro Carter, Francisco Diez y un equipo local e internacional no cejan en su esfuerzo por continuar un proceso a más largo plazo y continúan llevando recursos externos para continuar con el programa. Muchos venezolanos se han sumado al equipo como capacitadores y están trabajando en llevar técnicas de resolución de conflictos a gente de todos los sectores.

Hubo acuerdo, sin embargo, el conflicto no está “resuelto”.

Tal como describe la Teoría de la Transformación, el sistema está en continuo movimiento y el conflicto en permanente evolución. El acuerdo al que se llegó en la Mesa de Negociación no parece haberle puesto una solución definitiva y pacífica al conflicto.

Coincido con las descripciones que Lederach provee acerca de que muchas veces los trabajadores en resolución de conflictos se perciben como arrogantes (más allá de nuestras buenas intenciones). Los practicantes nos movemos en situaciones complejas con iniciativas de corto plazo y a veces solemos actuar como si nuestra contribución pudiera proveer una respuesta al desafío complejo que establecen los patrones que necesitan ser transformados (Lederach, 2001).

Desde mi perspectiva, creo que esto nos pasa no siempre porque somos arrogantes, a veces simplemente porque nosotros también tenemos nuestras visiones de túnel al definir situaciones y elaborar diagnósticos. En el caso de Venezuela, he comprobado una vez más que no hay *mediadores estrella* que puedan resolver estos conflictos si la comunidad no acompaña. Estas ideas podían funcionar en épocas en que los paradigmas proveían la idea de la construcción jerárquica de la sociedad en cuanto a procesos de toma de decisiones. Pero las estructuras de toma de decisiones están cambiando, no sólo en regímenes autoritarios sino también en los sistemas democráticos. Por lo tanto, las decisiones en las cúpulas no alcanzan para que las bases acaten las mismas.

También fue interesante comprobar lo difícil que es instalar conceptos y espacios como los del *Tercer Lado*. No todos pueden correrse de sus convicciones, valores y deseos para poder comprender las razones que tienen los otros y despolarizar la pelea. Es que muchas veces nos cuesta comprender que la imposibilidad de “correrse” de sus posiciones, es que la gente no está confrontando solamente intereses, sino que está negociando sus conceptos de la realidad. Y nadie quiere negociar la realidad. Pero esto no siempre es conciente.

No me parece que sirvan demasiado los enfoques lineales. Las negociaciones basadas en intereses, cuando se abordan desde problemáticas sociales que enfrentan choques de cosmovisiones, han probado ser insuficientes. Generar algunos contextos con suficiente confianza como para reflexionar acerca de cómo se formaron estas cosmovisiones, cómo ellas condicionan el modo de entender el mundo, requieren tiempo y esfuerzos metodológicos nuevos (Nudler, 1990: 177-201).

En mi opinión, los diseños de intervención en estos casos podrían prever la articulación de equipos de mediadores y facilitadores que no necesariamente sean percibidos como imparciales. Algunos podrían estar más claramente identificados con un “lado” y otros con “el otro lado”, pero que pudieran tener legitimidad como para no ser percibidos como traidores por cumplir esos roles.

El grado de desconfianza es tan enorme que un mismo mediador para todos parece perder efectividad en generar el espacio que necesita una

negociación para generar acuerdos sustentables. El concepto de sostenible refiere a incluyendo características de consultivo, participativo, intersectorial, flexible y visionario en cuanto al largo plazo. Y allí viene la gran pregunta: ¿será el acuerdo de Venezuela Sostenible o sustentable?

El conflicto sigue su evolución. Entiendo que el rol de los Medios de Comunicación será clave a la posibilidad de generar los cambios necesarios para evitar la evolución hacia la violencia directa y llevarla hacia otro lugar menos cruento. El trabajo con los Medios de Comunicación no es nada sencillo. Pero su poder es tremendo ya que cada uno de ellos parece tener su agenda política. Todos los esfuerzos que la sociedad está realizando en poder comprometerse a intentar un cambio pacífico y democrático merecen ser reflejados con la misma firmeza con la que se relatan otras historias que polarizan y dividen. Habrá que ver si los medios abren ese canal, que debiera ser una obligación moral para quienes tienen el poder de instalar las historias que “colonizan” a la sociedad de un lado y del otro.

Probablemente será interesante ver cómo quienes continúan diseñando intervenciones, puedan operar en los medios, con quienes ya se está efectuando un gran trabajo.

Pero también creo que para que la sostenibilidad del acuerdo sea posible, el trabajo excede poner el foco en la resolución de conflictos.

Conclusiones: este conflicto se da en el marco de una crisis democrática, en un país que no está en guerra.

Tal vez impregnada de la misión de nuestra organización, entiendo que lo que Venezuela necesita es un cambio en su sistema democrático.

¿Cuál es el diagnóstico del sistema democrático de esa sociedad?

Una hipótesis que tengo desde que tomé contacto con el conflicto venezolano es que la crisis política, escalando peligrosamente en la violencia que se vive hoy en Venezuela, tiene raíces en la cultura política del país, en su modelo de “democracia” (muy semejante a la de varios países de Latinoamérica).

Para algunos autores, esta cultura genera y alimenta las instituciones y las prácticas que han creado las condiciones para el desarrollo y fortalecimiento de un estilo democrático.

En un excelente trabajo sobre el tema, Roberto Saba, un autor argentino, asocia la violencia al tipo de prácticas democráticas que configuran los patrones básicos sobre los cuales se instala el modelo de democracia en estos países. Un modelo de democracia denominado “adversarial”, por oposición al modelo denominado “deliberativo” (deliberative model) (Cass, 1993: 17-39).

“La cuestión acerca del tipo de modelo democrático que está detrás de las instituciones y prácticas que encontramos en un cierto país no es puramente teórico. Este modelo determina el modo en que las relaciones políticas se construyen” (Saba, próxima edición).

Las democracias son adversariales cuando se asume la imposibilidad de entendimiento, de construcción de consenso, sin que éstos sean

percibidos como transas o “contubernios”. Se asume la imposibilidad de encontrar terrenos comunes, acuerdos básicos que puedan generar la idea de modelo de nación. La democracia, bajo este modelo, es un sistema que se basa en las transas negociadas a modo de regateo, sin poder considerar a los que son diferentes como la expresión de valores que deben articularse cuando los ciudadanos están dispuestos a construir un proyecto nacional entre todos.

En este modelo, las distintas facciones pelean entre ellas, con el objetivo de ganar y prevalecer unas sobre otras, y en ese proceso neutralizar el poder de alguna de ellas. En esa lucha por demostrar quién tiene más poder, la democracia se transforma en un sistema casi incómodo, ya que algunos mecanismos para satisfacer los intereses basados en el poder, están lejos de comulgar con el cumplimiento de “reglas” o con ideales democráticos.

Es cierto que muchos Gobiernos democráticos en Latinoamérica están cuestionados como sistema, como consecuencia de la crisis de representación y por ende la sociedad rechaza las políticas partidarias y los actores políticos en general. Pero parece claro que no se puede avanzar sin recuperar estos marcos. Para ello, un camino pareciera ser el de fortalecer la sociedad civil como el ámbito de la movilización social que opere como vía hacia la institución de nuevas prácticas socio-políticas en el marco de la legitimidad y del derecho. La sociedad civil no debiera estar en contra del sector político ni dominada por éste. Se hace necesario atender a la articulación entre ambas realidades –política y social- a través de espacios de consenso que hagan posible la gobernabilidad.

Venezuela no es una excepción a estos contextos. Por el contrario, la situación generada en los últimos tiempos ha fortalecido el modelo político adversarial a tal punto, que el temor es que la escalada llegue a la violencia.

En el proceso de lucha por el poder, se pierden las deliberaciones acerca de los temas sustantivos sobre los que se construye y fortalece la nación. Desde mi experiencia y en la jerga de los que trabajamos en resolución de conflictos, no es nada fácil para los venezolanos separar las personas del problema. Los ataques son básicamente personales. A favor o en contra del Presidente, todo el eje está puesto en él. La lógica de la polarización, blanco-negro, amigo-enemigo, es el modo en que se relacionan. Esta es la lógica de la democracia “adversarial”.

El otro modelo mencionado, el “deliberativo”, es una manera diferente de entender la democracia. Se basa en la idea de que la democracia es un sistema que determina un acuerdo para vivir la vida pública. Por lo tanto, el proceso democrático no necesita ser adversarial, las diferencias se aceptan como normales en el marco de las reglas de juego, y existe la convicción de que es necesario trabajar sobre consensos básicos. Los conflictos no se ven como algo irreductible o negativo, sino como oportunidades para el cambio social.

La “suma cero” que prevalece en las negociaciones de las democracias adversariales, es en cambio suplida por una serie de negociaciones donde todos contribuyen para obtener lo que todos necesitan obtener.

Desde este punto de vista, el modelo de democracia deliberativa comparte la filosofía de todos los procesos colaborativos que se desarrollan desde los modelos de resolución y transformación de conflictos, como la mediación, la facilitación, la negociación y la planificación colaborativa para construir consenso, etc.

Desde esta perspectiva, la política no es un campo de batalla donde unos son los ganadores y otros los perdedores, sino un foro en el cual todos los participantes traen sus puntos de vista a la discusión para obtener consensos básicos

En Venezuela, actualmente, el modo adversarial impregna casi todos los ángulos de la vida pública, política y hasta privada. Incluso la sociedad civil, que suele ser el espacio donde las reglas políticas se monitorean, se transforman o se fortalecen, adolecen en su mayoría de la misma lógica.

Frente a este diagnóstico, considero que los esfuerzos por el cambio sustentable no deberían ser únicamente puestos en el foco de la resolución de conflictos, sino en prácticas democráticas tendientes a cambiar estas lógicas, y a fortalecer una sociedad civil que se desarrolle desde la democracia deliberativa y no la adversarial.

La esperanza es que si bien es muy difícil cambiar lo que ya está instalado, la esperanza puede crearse en lo que pase de ahora en adelante. Lo fundante nace, como la red de Constructores de Paz, de poner concientes otros valores. Tal vez hacia ese lugar deberían dirigirse también los esfuerzos de fortalecimiento, empoderamiento o capacitación, tanto de la sociedad civil organizada como de los partidos políticos nuevos y tradicionales.

Los “foros deliberativos” y los “diálogos sostenidos” en el estilo de los que promueve la Fundación Kettering, los diálogos que promueven los Círculos de Estudio, los diálogos multisectoriales como los que se desarrollan desde la Fundación Futuro Latinoamericano e inclusive algunas experiencias de Diálogos Facilitados que hoy están gestándose en la Argentina a partir de la crisis del año 2001, enmarcados en el trabajo del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, podrían adaptarse para ser intentados como metodologías tendientes a transformar el sistema adversarial en un sistema donde el pluralismo no implique la percepción del otro como enemigo. Si la Democracia tiene entre sus objetivos la gestión y transformación de los conflictos, “ella” - como sistema- debería posibilitar construir el consenso sobre el reconocimiento de las diferencias y de la legitimidad de intereses diversos.

Referencias bibliográficas

Cass, Sunstein. *The Partial Constitution*. Cambridge, Harvard University Press, 1993.

Lederach, John Paul. *Fostering Authentic Reconciliation Processes*. Universidad de Notre Dame, Tema N° 20, Primavera 2001.

Lederach, John Paul. *Preparing for Peace Conflict Transformation across cultures*. Syracuse University Press, 1996. N.York

Nudler, Oscar. "On conflicts and metaphors: toward an extended rationality", en Burton, John (ed) Conflict: Human Needs Theory, New York, St. Martin's Press, 1990.

Saba, Roberto. El Movimiento de las Organizaciones de Derechos Humanos y Participación Ciudadana y el proceso de construcción de la sociedad civil y la vigencia de la ley. Sociedad Civil en el Cono Sur. Fondo de Cultura Económica. Próxima edición.